

TRÁFICO DE INFLUENCIAS

por Andrés Anwandter

Un poeta me aseguró alguna vez que la única fórmula para lograr una escritura original es, paradójicamente, dejarse influir por la mayor cantidad posible de autores. En poesía –agregó– el plagio no existe.

No creo que esta fórmula sea infalible, ni menos la he seguido al pie de la letra. En su momento, me creó la buena costumbre de leer, con curiosidad y desorden, toda la poesía que pasara por mis manos. La dudosa costumbre, también, de cometer pequeños hurtos. De esta manera, entendí que escribir se parece, más que a un parricidio, a una traición entre hermanos. Que el tráfico de influencias es casual, parcial, y casi imperceptible para uno mismo.

Podría hablar de autores que me gustan, pero no sé si me habrán influido. Unas líneas escuchadas o leídas al azar, en cambio, me parece que han guardado su rumor por mucho tiempo en lo que escribo. Estos versos, por ejemplo:

El mar como un vasto cristal azogado
refleja la lámina de un cielo de cinc;
lejanas bandadas de pájaros manchan
el fondo bruñido de pálido gris.

Creo que fue con ellos que tuve la primera intuición de una cierta eficacia de la poesía. Escuchados en una clase de Octavo Básico –afuera llovía insistentemente– me indujeron una imagen muy vívida del final del verano en un balneario de mi infancia; algo similar a lo que ocurre en entresueños. Esa imagen impidió que me durmiera, en todo caso. Años después, me encuentro todavía tratando de recuperar, de esa manera, las imágenes en las palabras: como si fueran postales, o paisajes de calendario. Y procediendo con nostalgia.

En general, las imágenes que me obsesionan, como en la estrofa de Darío, tienden a ser climáticas. Antes que recuerdos, impresiones más bien gruesas del tiempo que

hace en los recuerdos. El tedio de un domingo por la tarde, por ejemplo, o el cielo inminente de lluvia. Creo que este tipo de imágenes es, a la larga, lo que queda en la memoria: una suerte de estación perenne, más o menos liberada de la biografía, a veces inventada, y que funciona siempre como un contratiempo en la vida práctica.

Quiero recordar ahora la primera vez que leí algo de Enrique Lihn. Por ese entonces, siendo ya un adolescente, yo llenaba un cuadernillo con pequeñas imágenes surrealistas, realizadas estrictamente según el método automático proclamado en los manifiestos de Bretón. En eso estaba cuando di con estas líneas:

Error, me das la cara incorregible,
uno a uno los pasos de la prueba
en la medida misma en que te alejan
extienden la frontera de tu reino.

En ellas intuí otra dirección para la escritura, más pobre en imágenes quizás, pero rica en ideas, ritmos y tonos provenientes de la cháchara que tanto abunda en nuestras cabezas.

Creo que Lihn es uno de los paradigmas vigentes para la escritura poética chilena actual. De entre todas las vetas de su poesía, a mí siempre me interesó escarbar en la zona más autorreflexiva. Lihn enseña que una poesía “escéptica de sí misma” no puede ser nunca completamente tautológica, liberando, cada vez, en el arco de su reflexión, una imagen. Imité este procedimiento, con mayor o menor éxito, al escribir sobre la experiencia de escribir en un conjunto de textos llamado *El árbol del lenguaje en otoño*. Me parece que en ellos también podría rastrearse una tendencia a la concisión, a constreñir las imágenes, que relaciono con la escritura de Gonzalo Millán, particularmente en *Virus*.

Meses después de mandar mi libro a la imprenta, conocí la poesía del italiano Valerio Magrelli, quien, hasta donde lo he leído, realiza todo mi proyecto con una maestría que ya quisiera para mí. Ello me demostró que las influencias, aparte de ser azarosas e impersonales, pueden alcanzarnos sin pasar por la lectura directa.

Mis lecturas predilectas se encuentran todavía en ciertos poetas latinoamericanos de los años ‘50 en adelante: Belli, Cisneros, Juarroz, Mejía Sánchez, Hahn, entre otros. Más de una vez me encontré, en alguna línea de ellos, con toda la literatura que soy capaz de disfrutar. Mal lector de grandes obras, creo en un tipo de poesía que acecha en los fragmentos, en las lecturas distraídas, en el hojear. Quizás por ello escriba, cada vez, en forma más breve. Es probable que sea también por falta de tiempo.

La presión de todo tipo de discursos me deja, a diario, intervalos muy estrechos para la poesía. No creo, sin embargo, que una respuesta adecuada a esta situación sea, por ejemplo, resignarse al enmudecimiento. Alcanzar o superar la página en blanco no es, por ahora, mi problema; toda página está enteramente escrita desde el comienzo. Hallarle, más bien, un espacio a la imagen poética en la espesura discursiva, “una imagen que brille entre dos estaciones de metro”, según la fórmula de un amigo: esa me parece una tarea pertinente en poesía. Para eso contamos con un mínimo de genio. Y con la ayuda de la mayor cantidad posible de autores.